

Del inefable misterio de la feminidad¹

The ineffable mystery of womanhood

Hortensia Moreno Esparza

Universidad Nacional Autónoma de México

Resumen

Un análisis de textos psicoanalíticos de Freud y Stoller permite esbozar algunas claves para la definición de la feminidad desde una perspectiva semiótica. Ambos autores describen, a partir de una extensa y minuciosa experiencia clínica, el perfil de pacientes cuya atribución de *género* —es decir, su pertenencia al grupo de los hombres o al de las mujeres— está distorsionada en alguna medida. Esta transposición de los significantes del fondo a la figura permite establecer una distancia crítica respecto a la codificación de los atributos de género.

Palabras clave

Identidad, semiótica, género.

Abstract

An analysis of psychoanalytic texts of Freud and Stoller sketches some clues to the definition of femininity from a semiotic perspective. Both authors describe, based on an extensive and thorough clinical profile of patients whose gender attribution— their belonging to the group of men or women— is distorted to some extent. This transposition of the significant background figure sets a critical distance in terms of encoding gender attributes.

Keywords

Identity, semiotics, gender.

¹ La elaboración de este texto se dio en el marco del seminario de investigación *La identidad imaginaria: sexo, género y deseo*, dirigido por Estela Serret. Agradezco a sus integrantes la intensa discusión que lo enriqueció y clarificó.

Introducción

El objetivo de este trabajo es explorar el tema de la identidad desde una perspectiva semiótica, lo cual implica interpretar la constitución del género como un fenómeno significativo y simbólico, es decir, como un proceso que ocurre en el seno de la vida social mediante relaciones de comunicación y no como lo postularía el sentido común, esto es, como un conjunto de propiedades invariables derivadas de la biología.

En un primer acercamiento, se entiende a la identidad como la persistencia de una individualidad; como un sentimiento de homogeneidad inalterable a través del tiempo y en diferentes circunstancias.

Aunque, desde el inicio, el concepto implica una interesante duplicidad: la identidad —como lo demostró el psicoanálisis— no es unitaria ni inmutable:

La palabra “identidad” se deriva del vocablo latino *identitas*, cuya raíz es el término *ídem*, el cual significa “lo mismo”. En su acepción más básica, la identidad incluye asociaciones con, por una parte, los rasgos que caracterizan a los miembros de una colectividad frente a los otros que no pertenecen a la misma y, por otra, a la conciencia que un individuo tiene de ser él mismo y, entonces, distinto a los demás. Entre lo mismo y lo otro se abre, así, el territorio material y simbólico de la identidad (Solórzano-Thompson y Rivera-Garza, 2009: 138).

Se trata de una realidad compleja, contradictoria y cambiante, aunque interpretada como si en ella hubiera coherencia, solidez y eternidad. Nos refiere a la evidencia de una individualidad —en el hecho de auto-percibirse como “uno e indivisible”—, y hacia aquello con lo que nos identificamos también, y de manera muy importante, hacia aquello de lo que nos queremos desmarcar: lo que no somos: alteridad y mismidad, interioridad y exterioridad.²

Para Estela Serret (2001, 2002), las identidades singulares dependen de códigos simbólicos. La percepción que tenemos de los demás y la que alcanzamos de nosotros/as mismos/as —percepción y auto-percepción— se elaboran como imágenes socialmente compartidas, organizadas en sistemas

² Para una reflexión sobre la identidad como proceso y la aplicación de conceptos afines, como el de “posicionamiento de sujeto” o “identidad nómada”, véase Mouffe, 1993 y 1996.

que la colectividad reproduce, sanciona y acepta: son el lugar de encuentro entre la forma en que una persona se concibe a sí misma y la manera en que se le representa socialmente.

Sin embargo, es en el cuerpo donde siempre se expresa la identidad;³ donde podemos leerla como un hecho encarnado, material y perceptible. El cuerpo, como vehículo comunicativo, es el recipiente y el portador de los códigos simbólicos, de los sistemas imaginarios, de los órdenes discursivos. Leemos el cuerpo como un amasijo de signos de identidad; es ahí donde captamos cada indicio, cada señal, cada rasgo, cada detalle de los significados de ser persona.

Significamos la identidad mediante la palabra, el gesto, el movimiento, las actitudes, el porte —recursos y registros eminentemente corporales—, y también a través de dispositivos culturales que se agregan al cuerpo para realzar sus habilidades comunicativas: la indumentaria, el arreglo, el adorno, el peinado. De esta manera, el cuerpo, como signo de sí mismo, representa la identidad. El cuerpo está saturado de procesos de significación. El vestido, el disfraz, la danza, la mímica, los emblemas, el protocolo, los modales —actos ritualizados, ceremoniales, convencionales, situacionales— impregnan el sentido de nuestra identidad y la revisten de signos interpretables. No obstante, una de las condiciones de la identidad es su autenticidad: hace falta olvidar que estamos actuando. Para ser quienes somos, nos interpretamos a nosotros mismos, nos representamos en escenarios sociales frente a públicos que aceptan nuestra actuación de manera más o menos ambigua y, sin embargo, hay una profunda sinceridad en nuestra representación porque es nuestra única vía de acceso al ser.

Femenino/masculino: el núcleo de la identidad

Nuestra pertenencia a uno u otro de los dos principales grupos en que está dividida la humanidad —hombres o mujeres— es quizá la marca más profundamente arraigada de nuestra personalidad. La denominación para el lugar que ocupamos en este orden de los símbolos, que es fundamentalmente un orden social, requiere un concepto que le debemos a Stoller (1968, 1976): el *núcleo de la identidad de género*:

³ Freud caracterizó al *yo* como una entidad corpórea.

Casi toda la gente empieza a desarrollar desde el nacimiento un sentido fundamental de pertenencia a un sexo [...]. Este aspecto del sentido global de identidad puede ser conceptualizado como un núcleo de la identidad de género [*core gender identity*] producido por la relación entre el infante y sus progenitores y por la percepción que la criatura tiene de sus genitales externos [...]. Los dos primeros factores son casi siempre decisivos en la determinación de la identidad genérica definitiva (Stoller, 1968: 29-30).

El núcleo de la identidad de género es el estrato más antiguo de una personalidad. Podría inclusive decirse que no es un elemento, sino la condición de toda identidad: lo que ordena las piezas que determinan la forma en que un sujeto es percibido y se percibe a sí mismo, es el fondo sobre el cual se inscribe toda figura de identidad. Su instalación es el proceso identitario más temprano y misterioso de cuantos conocemos. Para cuando una persona aprende a hablar, ya hubo un proceso de integración al mundo social que la define como hombre o como mujer.⁴ Esta primera distinción estructura de antemano el acceso al mundo simbólico.⁵

⁴ A partir del psicoanálisis es posible entender el ingreso al orden de género (la instauración del *núcleo de la identidad de género*) como un proceso que precede inclusive al descubrimiento de la diferencia sexual; véase Freud, 1920, 1923, 1925, 1931, 1932-1936; Stoller, 1968, 1976; véase también Saal, 1991; Schnaith, 1991; Tubert, 1995; Dio Bleichmar, 1997; Bekerman, 2008, y Flax, 1995.

⁵ La forma más extrema en que se manifiesta —negativamente— el núcleo de la identidad de género, es un fenómeno muy peculiar que técnicamente se denomina como “disforia de género”; se trata de “el rechazo del sexo biológico propio, y el deseo persistente en el sujeto de mostrarse, actuar, pensar y sentir como si fuera del sexo opuesto” (Katchadourian, 1983: 34). Se trata de una variante muy rara en la atribución identitaria donde hay una total contradicción entre la pertenencia a un género y la configuración del cuerpo como entidad biológica: “Hacemos una atribución de género, es decir, decidimos si alguien es varón o hembra, cada vez que vemos por primera vez a una persona [...]; la atribución de género configura el sustento para comprender otros componentes del género, tales como el rol de género (comportarse como hembra o macho) y la identidad de género (sentirse como hembra o macho)” (Kessler y McKenna, 1978: 2, cursivas en el original). A las personas que presentan esta condición se les denomina transexuales. La forma en que se describen a sí mismas es como “una mujer atrapada en un cuerpo de hombre” o “un hombre atrapado en un cuerpo de mujer”. En *Sex and Gender*, Stoller define el transexualismo como la creencia sostenida por una persona de que “es integrante del sexo opuesto y crecerá y desarrollará las características anatómicas del sexo opuesto [...]. El transexualismo masculino adulto es una rara condición en que un hombre que ha sido muy femenino durante toda su vida siente que es en verdad una mujer (un rol y una identidad) y una hembra⁵ (un estado biológico), y desea que su cuerpo sea “corregido” de modo que se aproxime anatómicamente al de una hembra” (Stoller, 1968: 92).

Nuestro acceso al mundo simbólico —del cual depende la relación que cada persona entabla con su cuerpo— es el asiento donde es posible reconocer las características distintivas de la “masculinidad” y la “feminidad”. Aunque se trata de cualidades engendradas por la cultura —es decir, que no reposan sobre ninguna esencia concomitante con la *naturaleza*—, su organización obedece a una normatividad suficientemente extendida como para merecer una legitimación que las vuelve relativamente obligatorias y, para quien las exhibe, inevitables.

Este desarrollo precoz de la identidad y su arraigo en el cuerpo hacen aparecer la adscripción de género como un dato natural, consecuencia inevitable de la biología, y así se ha interpretado en muchos contextos. No obstante, el núcleo de la identidad de género no es sinónimo de la pertenencia a un sexo. La antropología feminista, el psicoanálisis, las investigaciones sobre intersexualidad y el estudio de sexualidades diversas han sacado a la luz la enorme variabilidad con que las culturas y los individuos interpretamos nuestra biología:

[...] nuestras identidades como hombres y mujeres, heterosexuales y homosexuales o lo que sea, son producto de procesos complejos de definición y autodefinición [...]; esto sugiere que las identidades masculina y femenina, lejos de estar fijadas para toda la eternidad mediante atributos naturales, son no poco frágiles y azarosas, están sujetas a diversas influencias y con frecuencia están desgarradas por contradicciones (Weeks, 1998: 61-62).

Gracias a sus hallazgos sabemos que los cuerpos de hombres y mujeres no son solamente estructuras biológicas que responden de manera espontánea a los estímulos del mundo natural. Hay una educación a partir de la cual se determinan hasta los más sutiles de nuestros movimientos, posturas y actitudes, de modo que nos resulta inteligible la distinción entre atributos femeninos y atributos masculinos en todos los aspectos de la expresión humana.

El resultado de esta diferenciación social activa, prescriptiva y rigurosamente vigilada no es uniforme ni de alcance total. Como afirma Judith Butler, la materialización del *habitus* de género “nunca es completa [...]”: los cuerpos nunca acatan enteramente las normas mediante las cuales

se impone su materialización” (2002: 17-18). Una irregularidad, una excepción, una desobediencia de la norma —como la que se presenta en la disforia de género, pero también en la homosexualidad, la intersexualidad, o el “tercer género” (los *berdaches*) en ciertas culturas— son los factores con que podemos poner en duda su naturalidad.⁶

La evidencia de que disponemos para afirmar que la feminidad y la masculinidad no son esencias parte de las excepciones: aquellos casos en que encontramos los rasgos distintivos de un género en el otro. Lo que nos permite leer su condición cultural e histórica es la existencia de individuos donde la norma genérica no se cumple. Estamos hablando aquí de hombres femeninos y mujeres masculinas. La sorpresa filológica es que la feminidad y la masculinidad son atributos invisibles, excepto cuando se manifiestan en el cuerpo equivocado.

La conjetura, dentro del terreno de la significación, es que la feminidad y la masculinidad no ofrecen relieve alguno excepto cuando pasan del fondo a la figura a causa de una incongruencia.⁷ En tanto son obvias —es decir, cuando producen un pleonasma tal como el de “una

⁶ “De acuerdo con la perspectiva tradicional, positivista, los *berdaches* eran aquellas gentes [sic] de la América del Norte aborígen que recibían reconocimiento social al asumir el rol de género opuesto a aquel al cual habían sido originalmente asignados [...]. Aunque el término *berdache* está reservado técnicamente para los miembros de las sociedades indígenas americanas, se ha encontrado gente parecida en Alaska, Siberia, Asia central y del sur, Oceanía, Australia, Sudán y la región amazónica. La mayoría de los *berdaches* fueron reportados como varones que se volvían hembras, pero también se han citado casos de hembras que se volvían varones”. El término seguramente se deriva de la palabra francesa *'bardash'*, que a su vez se deriva del término italiano *'berdascia'*, derivado del árabe *'bardaji'*, derivado del persa *'barah'*, el cual significa esclavo, chico de compañía o prostituto. “El significado original enfatizaba la homosexualidad y la prostitución, pero fue alterado en América por la consideración adicional de la indumentaria cruzada”. “El *berdache* [...] puede no haber sido considerado un tipo especial de hombre o mujer (uno que había atravesado las categorías de género) sino más bien un tercer tipo de persona” (Kessler y McKenna, 1978: 24-27). Para etnografías sobre *berdaches* véase Héritier-Augé, 1990 y Miano Borruso, 1998.

⁷ Tomo metafóricamente la distinción entre *fondo* y *figura* de la psicología de la Gestalt y de su aplicación a fenómenos de representación en artes visuales: “La bidimensionalidad como sistema de planos frontales está representada en su forma más elemental por la relación de figura y fondo. Aquí no se tiene en cuenta más que dos planos. Uno de ellos ha de ocupar más espacio que el otro, y de hecho tiene que ser ilimitado; la parte directamente visible del otro tiene que ser más pequeña y estar delimitada por el borde. Uno de ellos se sitúa delante del otro. Uno es la figura, el otro es el fondo” (Arnheim, 1981: 255).

mujer femenina” o “un hombre masculino”— pasan inadvertidas. Es sólo cuando son contradictorias que se nos vuelven evidentes.

Esta cualidad del género nos revela dos aspectos básicos para entender la identidad: por un lado, su índole convencional y, por el otro, su carácter relacional: llamamos “masculinidad” a lo que los hombres son, hacen, actúan, representan; es la actuación [*performance*] de los hombres.⁸ Sin embargo, esta representación necesita un punto de referencia para volverse inteligible: aparentemente, la masculinidad sólo puede definirse en términos negativos, a partir de lo que no es, es decir, a partir de lo que son, hacen, actúan y representan las mujeres (cfr. Badinter, 1993). En la mayoría de las sociedades conocidas, la separación de papeles garantiza culturalmente un alto grado de certidumbre respecto a lo que significa “ser hombre” o “ser mujer”. Aunque si la distinción se vuelve borrosa, los sujetos pierden los puntos de referencia específicos que les permitían representar su identidad de manera diáfana. La sociedad moderna es un ejemplo de esta situación.⁹ La difuminación de límites entre lo femenino y lo masculino ha vuelto la interpretación del género un asunto crítico.

Acercamientos a la definición de *feminidad*

Las descripciones de Freud y Stoller en algunos de sus textos psicoanalíticos arrojan luz sobre un planteamiento de la identidad como significación que ya no se detiene en su formación, sino que pretende moverse transversalmente hacia la producción del sentido de la vida diferencialmente sexuada. Tanto uno como el otro, al enfrentarse a casos límite, cuestionan la posibilidad de una simetría binaria armoniosa y estable; pero lo hacen dentro de un marco cultural que les impone formas de categorización previamente establecidas. Estas *formas de categorización* corresponden con el *fondo imaginario* sobre el que se dibuja la *figura* de la individualidad y son, para ambos investigadores, totalmente transparentes: no pueden percibirlos. Lo que nos permite en este momento advertirlas con claridad es el cambio cultural que ha vuelto impreciso el límite entre

⁸ Para el desarrollo de la idea de “performatividad de género” véase Butler (1998, 2001, 2002, 2006).

⁹ Véase Giddens (1991) para el desarrollo del tema de la identidad en la era moderna tardía.

feminidad y masculinidad: los significados que en la actualidad damos a la noción de *feminidad* soportan mucho mayor número de contenidos de los que estaban disponibles en los momentos en que Freud y Stoller produjeron sus textos. De esta manera, las atribuciones sociales que se describen como propias para un género pasan *del fondo a la figura* en razón de su incongruencia. Sólo la confluencia de estos dos contextos —accesibles sólo *a posteriori* en una situación que logró desplazar los sentidos de la diferencia sexual, tanto en el plano del significante como en el plano del significado— permite leer “desde afuera” el imaginario de la feminidad.

Un caso de homosexualidad femenina

El primer texto analizado lo publicó Sigmund Freud en 1920 bajo el título *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*. Es un brevísimo recuento de un análisis clínico inconcluso donde Freud reflexiona acerca de las variantes que en este caso lo obliga a reconocer respecto de su teoría.

Una de las hipótesis centrales para la metapsicología freudiana es la *bisexualidad*, la cual postula que “la proporción en que lo masculino y lo femenino se mezclan en el individuo sufre oscilaciones muy notables” (Freud, 1932-1936: 106). En sus textos sobre la feminidad, Freud trata de establecer parámetros para delimitar los criterios a partir de los cuales se puede distinguir entre una cualidad y la otra.

No puede evitarse la sensación de que, a pesar de que masculino y femenino “es la primera diferencia que ustedes hacen cuando se encuentran con otro ser humano” (Freud, 1932-1936: 105), el psicoanálisis “no puede explicar la esencia de aquello que en sentido convencional o biológico llamamos masculino y femenino; y sin embargo, acoge ambos conceptos y los sitúa en la base de sus trabajos. Al intentar una mayor reducción, la masculinidad se convierte en actividad y la feminidad en pasividad” (Freud, 1920: 1010).

La oposición actividad/pasividad presenta enormes dificultades: Freud reconoce que “en el campo de la vida sexual humana notarán enseguida cuán insuficiente es hacer corresponder conducta masculina con actividad, y femenina con pasividad” (Freud, 1932-1936: 107). La polari-

dad existe, sin embargo, como un presupuesto elemental: hay individuos “masculinos” e individuos “femeninos”, así como se pueden detectar e interpretar los “signos somáticos y anímicos” correspondientes. Aunque de manera difusa, esta distinción impregna el discurso psicoanalítico en toda su extensión. Por ejemplo, hay un “vínculo particularmente constante entre feminidad y vida pulsional. Su propia constitución le prescribe a la mujer sofocar su agresión, y la sociedad se lo impone; esto favorece que se plasmen en ella intensas mociones masoquistas [...]. El masoquismo es entonces, como se dice, auténticamente femenino” (Freud, 1932-1936: 107). O bien: “Adjudicamos a la feminidad [...] un alto grado de narcisismo que influye también sobre su elección de objeto, de suerte que para la mujer la necesidad de ser amada es más intensa que la de amar” (Freud, 1932-1936: 122).

Masoquismo y narcisismo —como característicos de la feminidad— serán explicados por Freud con mayor amplitud en otros textos. No obstante, el atolladero freudiano de la feminidad requiere de un análisis pormenorizado. Si bien había partido de la idea de un desarrollo único de la sexualidad humana, Freud debe muy pronto reconocer que el paradigma del Edipo masculino es inaplicable a las mujeres. Su experiencia clínica le hace ver que el enigma de la feminidad (es decir, “el desarrollo de la niña pequeña hasta la mujer normal”) incluye dos tareas adicionales “que no tienen correlato alguno en el desarrollo del varón” (Freud, 1932-1936: 108): por una parte, al asumir su *destino biológico*, la niña debe renunciar al primer objeto de su amor (la madre) y trocarlo por el padre; por la otra, el clítoris, que en la etapa fálica ha sido la “zona erógena rectora”, con la vuelta hacia la feminidad “debe ceder en todo o en parte a la vagina su sensibilidad y con ella su valor” (Freud, 1932-1936: 109-110). La primera tarea (la ruptura de la *ligazón-madre*) se efectúa con el descubrimiento de la diferencia sexual. La madre es expulsada del afecto infantil por varias razones.¹⁰ Para la segunda tarea, “en la niña sobreviene pronto [...] una intensa contracorriente opuesta al onanismo [...], preanuncio de aquella

¹⁰ “[O]mitió dotar a la niñita con el único genital correcto, la nutrió de manera insuficiente, la forzó a compartir con otro el amor materno, no cumplió todas las expectativas de amor y, por último, incitó primero el quehacer sexual propio y luego lo prohibió” (Freud, 1931: 236).

oleada represiva que en la época de la pubertad eliminará una gran parte de la sexualidad masculina para dejar espacio al desarrollo de la feminidad” (Freud, 1925: 273-274).

Por lo tanto, las vicisitudes del ingreso a la feminidad —explicadas a partir de un complejo de Edipo “con una larga prehistoria” y con el complemento decisivo de la envidia del pene, de cuya falta se responsabiliza a la madre (Freud, 1925: 270-273)— son diferentes, se presentan en mayor cantidad y acusan más complejidad que el desarrollo —aparentemente simple— de la masculinidad:

El complejo de castración de la niña se inicia [...] con la visión de los genitales del otro sexo [...]; la envidia del pene [...] no se superará sin un serio gasto psíquico [...]: envidia y celos desempeñan en la vida anímica de las mujeres un papel todavía mayor que la de los varones [el plus que hay en las mujeres] (Freud, 1932-1936: 116).

La niña, al descubrir su “inferioridad orgánica”, habrá de toparse muy pronto con una encrucijada cuyas opciones la pueden conducir a tres resultados diferentes: “a) la suspensión de toda la vida sexual; b) la porfiada hiperinsistencia en la virilidad, y c) los esbozos de la feminidad definitiva” (Freud, 1931: 233).

Nos interesa particularmente la tercera opción debido a que representa el difícil ingreso a la “normalidad” y, por lo tanto, el paradigma freudiano de la feminidad. Los componentes psíquicos de este perfil —una vez que se ha efectuado el doble salto mortal del abandono del objeto primario y el cambio de zona erógena— incluyen un deslizamiento de la libido en que se lleva a cabo la sustitución del deseo del pene (“deseo femenino por excelencia”) por el deseo del hijo (Freud, 1932-1936: 118-119) y, con ese propósito, la niña “toma al padre como objeto de amor” (Freud, 1925: 274). El tránsito al objeto-padre —y a la heterosexualidad— “se cumple con ayuda de las aspiraciones pasivas” (Freud, 1931: 240-241). Por último, Freud observa en las mujeres un posicionamiento moral endeble (su “escaso sentido de la justicia tiene íntima relación con el predominio de la envidia en su vida anímica” (Freud, 1932-1936: 124) y una menor aptitud para la sublimación de lo pulsional; explica ambas deficiencias en razón de que el superyó “nunca deviene tan implacable,

tan impersonal, tan independiente de sus orígenes afectivos como lo exigimos en el caso del varón” (Freud, 1925: 276):

Ausente la angustia de castración, falta el motivo principal que había esforzado al varoncito a superar el complejo de Edipo. La niña permanece dentro de él por un tiempo indefinido, sólo después lo deconstruye y aun entonces lo hace de manera incompleta. En tales constelaciones tiene que sufrir menoscabo la formación del superyó, no puede alcanzar la fuerza y la independencia que le confieren su significatividad cultural (Freud, 1932-1936: 119-120).

Esta rápida esquematización del desarrollo de la feminidad es el contexto del que parte el análisis en *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*. Lo que interesa aquí es la manera en que Freud interrelaciona y contrasta sus concepciones —*formas de categorización* que constituyen el fondo sobre el que se dibuja la figura de la identidad— a propósito de la índole de lo femenino con datos clínicos que constituyen, a diferencia de lo que ocurre en sus textos teóricos, contenidos característicos concretos. A la joven analizada en *Sobre la psicogénesis...* la lleva su madre a consulta a causa de su comportamiento escandaloso (se ha enamorado de una mujer e insiste en hacer pública su pasión). La primera impresión de Freud le deja ver esa ambigüedad que él mismo postula en la hipótesis de la bisexualidad:¹¹

Pudiera quizá verse un indicio de una masculinidad somática en el hecho de que la muchacha, bella y bien formada, mostraba la alta estatura de su padre y rasgos fisionómicos más bien acusados y enérgicos que suaves [...], algunas de sus cualidades intelectuales, tales como su penetrante inteligencia y la fría claridad de su pensamiento [...].

¹¹ Para Freud hay tres series de signos donde se manifiesta la disposición bisexual: a) los *caracteres sexuales somáticos* (también denominados “hermafroditismo físico”); b) el *carácter sexual psíquico* (la actitud masculina en contraposición con la actitud femenina); y c) el *tipo de la elección de objeto*. En la hipótesis de la bisexualidad, estos signos “varían con cierta independencia unos de otros y aparecen en todo individuo diversamente combinados” (Freud, 1920: 1010). Como hemos visto, la bisexualidad “resalta con mucha mayor nitidez en la mujer que en el varón [... dado que la] vida sexual de la mujer se descompone por regla general en dos fases, [... donde] la primera tiene un carácter masculino” (Freud, 1931: 230).

Mucho más importante es, desde luego, la circunstancia de haber adoptado la muchacha, para con el objeto de su amor, un tipo de conducta completa y absolutamente masculino, mostrando la humildad y la magna supervaloración sexual del hombre enamorado, la renuncia a toda satisfacción narcisista y prefiriendo amar a ser amada (Freud).

En la interpretación que el psicoanalista lleva a cabo, estos rasgos de “obvia” masculinidad se relacionan con uno de los destinos posibles de la encrucijada de la feminidad: la “porfiada hiperinsistencia en la virilidad” (véase *supra*) también denominada “complejo de masculinidad”, cuyo principal detonador es la envidia del pene.

Aquí, la paciente desarrolló, desde la fecha de su primera visión de los genitales de su hermano, una intensa “envidia del pene”, cuyas ramificaciones llenaban aún su pensamiento. Era una apasionada defensora de los derechos femeninos: encontraba injusto que las muchachas no gozasen de las mismas libertades que los muchachos, y se rebelaba en general contra el destino de la mujer. En la época del análisis, las ideas del embarazo y del parto le eran especialmente desagradables (Freud, 1920: 1009).

Una difusa fuerza biológica

El segundo texto que nos merece un examen detenido aparece en *Sex and Gender*, el sólido volumen de 383 cautelosas páginas que Robert J. Stoller publicó en 1968 sobre la formación de la identidad de género, y donde retoma elementos de los trabajos de John Money¹² —quien revolucionó las concepciones acerca del sexo humano con estudios comprensivos que incluyeron genética, endocrinología, embriología, cirugía y psicología— y los aplica desde un riguroso posicionamiento psicoanalítico. A diferencia de Money, la intervención de Stoller pretende comprender la vida psíquica de sus pacientes a partir de la aplicación de métodos y técnicas freudianos en procedimientos lo más profundos y de más larga duración posible. Su principal hallazgo —que se reflejará en la ulterior publicación del segundo volumen de *Sex and Gender*, ahora con

¹² Para un compendio prolijo de los resultados de este investigador véase Money y Ehrhardt, 1996.

el subtítulo de *El experimento transexual*— es el estudio de una condición específica: la *disforia de género*. Tal condición consiste en la total falta de correspondencia entre el sentimiento íntimo (*núcleo de la identidad de género*) que toda persona experimenta de pertenencia a un sexo y no al otro, y la evidencia anatómica de donde, en principio, habría de derivarse ese sentimiento. En palabras de Stoller:

Casi toda la gente empieza a desarrollar desde el nacimiento un sentido fundamental de pertenencia a un sexo [...]. Este aspecto de la identidad puede ser conceptualizado como un “núcleo de la identidad de género” [core gender identity] producido por la relación entre el infante y sus progenitores, y por la percepción de la criatura de sus genitales externos [...]. Incluso “cuando una persona ha sido criada en el género opuesto a su sexo biológico”, se desarrolla un nítido núcleo de identidad genérica en virtud del cual siente incuestionablemente que es integrante del sexo asignado; hacia el año y medio de edad, se vuelve crecientemente difícil o imposible cambiar de género para la mayoría de la gente criada inequívocamente (Stoller, 1968: 29-30, las comillas son de H.M.).

Esta certeza (la que le permite a una persona asegurar “soy un hombre” o “soy una mujer”), según Stoller, se deriva de tres fuentes: “la anatomía y fisiología de la *genitalia*, las actitudes de progenitores, hermanos y pares hacia el rol de género de la criatura, y una fuerza biológica que puede modificar más o menos las fuerzas actitudinales” (Stoller, 1968: 40). En la parte introductoria al tema principal del libro (pacientes que presentan “variantes” de la identidad de género, como transexualismo o travestismo), el autor explora las mencionadas fuentes a partir del análisis de diversos casos. Me llama especialmente la atención el capítulo siete, que se concentra en la postulada “fuerza biológica” como fuente del núcleo de la identidad de género:

Caso uno: El primer paciente que describo es una criatura que al nacer fue reconocida como una hembra aparentemente normal y fue criada como una niña hasta los catorce años [...]. Desde los primeros meses de su vida, sin embargo, su madre estaba ya teniendo dificultades con

ella. La bebé era activa y vigorosa, mientras que su madre, una graciosa, femenina, neuróticamente masoquista “dama perfecta”, se desesperaba cada vez más a causa de que su hija carecía en tal medida de suavidad y era tan opuesta a muchas de las cualidades que la madre deseaba despertar en ella (Stoller, 1968: 67-68).

A Stoller le corresponde atender a esta paciente en consulta psiquiátrica cuando se descubre que, a pesar de la apariencia de los genitales externos (idénticos a los de una niña normal de su edad), de hecho se trataba de un varón cromosómicamente normal con un penecito plenamente eréctil del tamaño de un clítoris.¹³ El investigador describe su primera impresión: “Con su mascada y su vestido, lucía grotesca, y sin embargo, ésa era su apariencia corriente, dado que se le había dicho durante 14 años que era una niña” (Stoller, 1968: 69). Antes de aplicar un tratamiento, Stoller recoge el testimonio de la madre:

De bebé, comía demasiado rápidamente. No era como una niña, pero, al menos, no daba guerra a la hora de comer. No le daba cólico. Desde chiquita se movía muy rápido. Tiraba todo. No era nada suave, aunque, como comía bien y dormía bien, yo consideraba que estaba bien. Pero persistía en mí —y en nadie más— la preocupación. Todos pensaban que yo estaba muy joven, que me preocupaba por naderías. No se rebelaba contra la comida, pero a mí me parecía más bien una glotona, como un animalito cuando come. Y *jugaba como salvaje*. No la recuerdo ni una vez sentada con un libro, excepto cuando agarraba una revista y la aventaba al suelo y miraba las páginas y las arrancaba *violentamente*. No tomaba el libro como si fuera algo hermoso de ver, sino como algo para destruir o aventar. La bicicleta no parecía una cosa para disfrutar sino algo para irse lo más lejos y lo más pronto posible [...]. Al año, cuando la puse a jugar con otras criaturas en la banqueta, jugó con un vecinito y jugaban de manera muy parecida. De modo que pensé, bueno, he aquí un ser humano que es su prójimo. No me satisfizo. Yo

¹³ El diagnóstico incluye: “hypospadias, bilateral cryptorchidism, bifid scrotum, and normal prostate” (Stoller, 1968: 69).

quería una *niña* [...]. Nunca entendí si yo le era hostil o ella me era hostil a mí [...]. No podía yo jugar con ella [...]. Yo trataba de jugar y cantar. No había nada que pudiera hacer por ella. Era como si no me necesitara en absoluto (cursivas en el original; Stoller, 1968: 68).

En este caso encuentra Stoller un contraejemplo para la afirmación de que “hacia el año y medio de edad, se vuelve crecientemente difícil o imposible cambiar de género para la mayoría de la gente criada inequívocamente”. Esta joven de 14 años podría representar la prueba de que existe una difusa fuerza biológica que influye en la conducta de género:

Dado que era tan obviamente infeliz cuando estaba vestida como niña, dado que tenía tan tremendo deseo de ser considerada un muchacho, y dado que las pruebas anatómicas y de laboratorio indicaron que era inequívocamente un varón, se decidió decírselo. Aunque esto se hizo con cierta agitación, parecía haber más peligro en no decírselo. De modo que se le informó de su propio sexo de manera directa. Se esperaba que reaccionara a esta información con gran intensidad, así que la ausencia de impacto que la información parecía provocar en ella fue notoria. Debe apuntarse, por otra parte, que tampoco había una ausencia patológica de afecto. No demostró el sentimiento de alivio de alguien que ha estado luchando para probar un principio, o el sentimiento de *shock* que resulta de recibir información asombrosa. Más bien, su actitud era como la de decir: “Sí. Muy bien. Gracias. No me sorprende” (Stoller, 1968: 69-70).

Esta compostura se confirma en la conducta subsecuente: la niña se va a casa, se quita su ropa de mujer y se convierte en un chico, comportándose inmediatamente como los otros muchachos de su comunidad. A partir de este punto (y durante los siguientes seis años en que Stoller hace el seguimiento del caso), la historia tiene elementos de “final feliz”: el cambio de género se lleva a cabo con más ajustes externos que internos (por ejemplo, la familia tiene que mudarse de casa para encontrar un ambiente “fresco” donde el paciente pueda comenzar de nueva cuenta con su recientemente adquirida adscripción de género). El analista subraya que en su nueva escuela, empieza a sacar las mejores calificaciones (hasta

entonces había sido una alumna mediocre). Demuestra interés en el sexo opuesto y sale con chicas, de quienes recibe gran interés y atención:

Ahora participa en deportes como un igual con los otros chicos, tiene amigos cercanos entre muchachos que no tienen la menor duda de que él es un varón cuya masculinidad no se cuestiona de ninguna manera. Sale con chicas, les es atractivo a las chicas, le atraen las chicas, no tiene dificultades para relacionarse con ellas, es capaz de sentimientos sexuales intensos hacia las muchachas, tiene orgasmos con eyaculación tanto en sueños húmedos como con masturbación genital, a partir en ambas situaciones de objetos sexuales que son hembras (como lo eran antes de que se le dijera que era un muchacho) [...]; es alto, bien construido, guapo, sin manierismos afeminados ni una masculinidad hipertrofiada (Stoller, 1968: 70).

¿Fondo y figura?

Hasta este punto, damos por sentado que la índole convencional y el carácter relacional de la identidad se organizan en un plano de equivalencia entre términos, donde la masculinidad y la feminidad tendrían contenidos más o menos intercambiables y funcionarían bajo las mismas reglas de significación —como se espera que funcionen los elementos abstractos de un sistema semiótico—; bajo ese supuesto postulamos —atendiendo a la distinción gestáltica entre fondo y figura— que la feminidad y la masculinidad no ofrecen relieve alguno excepto cuando pasan del fondo a la figura a causa de una incongruencia. Y que sólo cuando la figura —el rasgo de carácter— es contradictoria con el fondo —la expectativa social, la tipificación o el estereotipo sobre el cual se construye una definición de identidad— se verifica una especie de inversión, la cual permite percibir ese segundo plano, que es condición de inteligibilidad —es decir, sin ese fondo sería inaprehensible el carácter concreto que se pone de relieve—, pero que pasa inadvertido la mayor parte del tiempo. El fondo, al pasar del segundo al primer plano, adquiere propiedades de figura: se vuelve directamente visible y queda delimitado por el borde que antes demarcaba a la figura (la cual perderá sus límites al convertirse en fondo).

En este contexto, las descripciones de Freud y Stoller parecen aplicar el procedimiento de inversión de fondo y figura en dos pacientes que presentan rasgos de carácter —*figura*— contradictorios con el trasfondo de su feminidad. De esta manera, se ponen de relieve elementos del plano ilimitado y difuso que sirven como pantalla para la actuación [*performance*] de la identidad; es decir, la incongruencia entre expectativa cultural —género imaginario social—¹⁴ y cualidades individuales, nos permite por oposición discernir ciertos contenidos de la feminidad.

	Indicadores de masculinidad	Indicadores de feminidad
Signos somáticos	Alta estatura y rasgos acusados y enérgicos	Baja estatura, rostro suave
Cualidades intelectuales	Penetrante inteligencia y fría claridad de pensamiento	Superficialidad, emotiva confusión mental
Perfil erótico-libidinal	Humildad y supervaloración del objeto amado, renuncia a toda satisfacción narcisista, prefiere amar a ser amada	Soberbia, autoadmiración, necesidad de ser amada
Envidia del pene	Defensa de los derechos de las mujeres; rebelión contra el destino de la mujer	Conformismo, apatía, aceptación de su destino
Autoconcepción y proyección al futuro	Rechazo de ideas sobre embarazo y parto	Deseo de ser madre

En el texto freudiano, los signos corporales, anímicos, psíquicos y libidinales de la paciente —homosexual, o sea, sin coincidencia entre la configuración corporal (hembra) y la expectativa social respecto a la orientación del deseo (hombre ⇔ mujer/mujer ⇔ hombre)— nos permiten esbozar un cuadro de la *feminidad* como la concibe el analista desde su mundo cultural decimonónico, europeo, intelectualizado y exquisito.

Por su parte, Stoller reconstruye —a partir de las detalladas descripciones de la madre de un varón (desde el punto de vista cromosomático)

¹⁴ Véase Estela Serret, *Hacia una redefinición de las identidades de género*, en este mismo volumen.

que había sido criado como niña— la inconsistencia entre la posesión de unos genitales externos aparentemente femeninos y un comportamiento distintivamente *masculino*:

	Indicadores de masculinidad	Indicadores de feminidad
Movilidad e iniciativa	Actividad y vigor, rapidez, rudeza (juega como salvaje), avienta y destroza una revista; la bicicleta no es algo “lindo” para disfrutar, sino algo para irse lo más lejos y lo más pronto posible	Pasividad, lentitud, suavidad, aprecio por la belleza, disfrute de cosas “lindas”, restricción del movimiento
Actitud hacia la comida	Avidez y glotonería (de bebé no tiene cólico)	Mesura (¿cólicos?)
Actitud hacia el atuendo	En la adolescencia se ve “grotesca” en un vestido (es obviamente infeliz cuando está vestida de niña)	Afinidad con la indumentaria femenina
Relación con la madre	No depende de su madre	Dependencia

Ahora bien, si ponemos en duda la presunción de que la identidad de género funciona semióticamente como un sistema de equivalencias entre términos —con signos de masculinidad y feminidad más o menos intercambiables—, los resultados adquieren otro matiz. Es decir, es cierto que entendemos lo masculino en el contexto de lo femenino y viceversa; sin embargo, es necesario recordar que femenino y masculino no son términos equiparables ni correspondientes, sino que se encuentran en una relación jerárquica —la pareja simbólica— donde el primer elemento funciona como *categoría límite* y el segundo como *categoría central*.¹⁵ *Esto se traduce, en nuestro análisis, en el carácter siempre hueco, embrollado y vago de los aspectos con que se define la feminidad, mientras que las facetas de la masculinidad aparecen precisas, claras, definidas. Es decir, los atributos cul-*

¹⁵ Serret, *ídem*.

*taurales —imaginarios— de la masculinidad tienden a la nitidez de la figura, mientras que los de la feminidad tienden a la imprecisión del fondo.*¹⁶

Tales atributos culturales —nitidez e imprecisión—, a pesar de su aparente estabilidad y persistencia en el tiempo como normas de la lógica interna del orden discursivo, no dejan de ser cualidades del imaginario de género. En la medida en que este imaginario es fluido y está en permanente proceso de constitución, el paso del fondo a la figura sigue siendo un ejercicio desestabilizador de los significados/significantes de género. Lo que permite la inversión de planos —y el reconocimiento de la fragilidad de los intentos por atribuir sentidos fijos a las cualidades humanas— es la pérdida, en la sociedad moderna, de referentes específicos para representar la masculinidad o la feminidad de manera diáfana.

Esta pérdida de referentes es al mismo tiempo causa y consecuencia de un cuestionamiento cada vez más agudo de la repartición del mundo que prescribe una muy estricta definición de límites entre *performances*, la cual garantizaría culturalmente alguna certidumbre respecto a lo que significa “ser hombre” o “ser mujer”. Indudablemente, las aportaciones de Freud y Stoller —a la luz de la perspectiva que da el tiempo— ayudan a difuminar las fronteras entre los espacios propios de los hombres y los espacios propios para las mujeres. Aquellos rasgos de la personalidad que para nuestros autores resultaban marcadores unívocos de la identidad de género han adquirido, en el transcurso del siglo xx, significaciones ambivalentes.

Es esta ambivalencia, esta predisposición para el equívoco, lo que vuelve absurdos sus planteamientos —por ejemplo, la asociación con la masculinidad de signos somáticos tales como una “alta estatura y rasgos acusados y enérgicos” (en Freud), o de la “avidez y glotonería” (en Stoller)—; y sin embargo, la atribución de significaciones de género a los gestos habituales de las personas sigue siendo un ejercicio de la vida cotidiana para todos los integrantes de la especie, por más que la inversión entre fondo y figura se haya vuelto hoy en día un movimiento vertiginoso de nuestra experiencia.

¹⁶ Véase *supra* la nota 13.

Conclusiones

Como hemos visto, algunos de los textos psicoanalíticos de Freud y Stoller aportan claves para entender, desde una perspectiva semiótica, la forma en que los significados del género se organizan en un juego que transcurre del fondo a la figura y de la figura al fondo. Si bien el núcleo de la identidad de género —seguramente el estrato más antiguo de la personalidad— organiza los elementos que constituyen la percepción y autopercepción de un sujeto, la feminidad y la masculinidad despliegan su dimensión histórica y cultural en aquellos individuos donde la norma se transgrede en las personas que presentan los atributos identificados culturalmente como propios del “sexo opuesto”.

La perspectiva semiótica ofrece herramientas metodológicas — como la distinción entre fondo y figura— para establecer las condiciones del contraste entre aquellos rasgos que “pertenecen” a un género y son discordantes con el otro. Una vez que se demuestra que la identidad de género no es una esencia fundada en la biología, es posible subrayar el carácter convencional y relacional de toda configuración identitaria. De esta manera, es relevante abordar los fenómenos de incertidumbre y traslape en el *performance* de las identidades que presenciamos en la sociedad moderna.

Las descripciones en algunos textos psicoanalíticos de Freud y Stoller clarifican una concepción de la identidad como un conjunto de significados en contraposición dinámica. Una lectura “fría” de estos discursos sobre casos limítrofes permite cuestionar la idealizada simetría binaria entre lo femenino y lo masculino.

Ambos autores escriben desde formas de categorización que se fundan en el sentido común y configuran el *fondo imaginario* sobre el que se dibuja la *figura* de cada individualidad. Lo que nos permite interpretar y distinguir la contraposición entre *fondo* y *figura* es el cambio cultural que desdibuja los límites entre los géneros. La diseminación de sentidos sobre las nociones de *feminidad* y *masculinidad* en la modernidad tardía (Giddens, 1991) transfieren *del fondo a la figura* las atribuciones sociales que se describen como *propias de* o *apropiadas* para un género.

Es esta incongruencia, este desplazamiento, lo que se explora desde una perspectiva semiótica. ■

Recepción: Junio 28 de 2010
Aprobación: Agosto 30 de 2010

Hortensia Moreno Esparza

hortensiamoreno@gmail.com

Mexicana. Doctora en ciencias sociales con especialidad en mujer y relaciones de género por la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Actualmente es profesora-investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Sus líneas de investigación son: género, sexualidad, identidad, cuerpo y deporte.

Bibliografía

- Arnheim, Rudolf (1981). *Arte y percepción visual / Psicología del ojo creador*, Madrid: Alianza.
- Badinter, Elisabeth (1993). *XY. La identidad masculina*, Madrid: Alianza Editorial, 254 pp.
- Bekerman, Jessica (2008). Notas para ser habladas: acerca de la feminidad en el pensamiento freudiano. En: Rossana Cassigoli (coord.), *Pensar lo femenino/Un itinerario filosófico hacia la alteridad*, Barcelona: Anthropos/UNAM.
- Butler, Judith (1996). Variaciones sobre sexo y género: Beauvoir, Wittig y Foucault. En: Marta Lamas, *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, PUEG: UNAM, pp. 303-326.
- Butler, Judith (1998). Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista. En: *Debate feminista*, año 9, vol. 18 (octubre), pp. 296-314.
- Butler, Judith (2001). *El género en disputa / El feminismo y la subversión de la identidad*, México: Paidós/PUEG-UNAM.

- Butler, Judith (2002). *Cuerpos que importan / Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*, Buenos Aires: Paidós.
- Butler, Judith (2006). *Des hacer el género*, Barcelona: Paidós.
- Connell, R. W. (2003). *Masculinidades*, México, PUEG-UNAM, 2003.
- Dio Bleichmar, Emilce (1997). *El feminismo espontáneo de la histeria / Estudio de los trastornos narcisistas de la feminidad*, México: Fontamara (3ª edición).
- Flax, Jane (1995). *Psicoanálisis y feminismo / Pensamientos fragmentarios*, Cátedra / Universidad de Valencia / Instituto de la Mujer, Madrid.
- Freud, Sigmund (1920). Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina. En: *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 996-1010.
- Freud, Sigmund (1986) (1923). La organización genital infantil (una interpolación en la teoría de la sexualidad. En: El yo y el ello y otras obras, *Obras completas*, vol. 19, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 141-149.
- Freud, Sigmund (1986) (1925). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. En: El yo y el ello y otras obras, *Obras completas*, vol. 19, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 259-276.
- Freud, Sigmund (1986) (1931). Sobre la sexualidad femenina. En: El porvenir de una ilusión, El malestar en la cultura y otras obras, *Obras completas*, vol. 21, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 223-244.
- Freud, Sigmund (1986) (1932-1936). La feminidad. En: Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras, *Obras completas*, vol. 17, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 104-125.
- Giddens, Anthony (1991). *Modernity and self-identity/Self and society in the late modern age*, Stanford, Stanford University Press.
- Héritier-Augé, Françoise (1990). Mujeres ancianas, mujeres de corazón de hombre, mujeres de peso. En: Michel Feher, Ramona Naddaf y Nadia Tazi (comps.), *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*, tomo 3, Madrid: Taurus.
- Katchadourian, Herant A. (1983). La terminología del género y del sexo. En: Herant A. Katchadourian (comp.), *La sexualidad humana, un estudio comparativo de su evolución*, México: Fondo de Cultura Económica, pp. 15-45.
- Kessler, Suzanne J., y Wendy McKenna (1978). *Gender: An ethnomethodological approach*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press.

- Miano Borruso, Marinella (1998). Gays tras bambalinas: historia de belleza, pasiones e Identidades. En: *Debate feminista*, "Público/privado/sexualidad", octubre, año 9, vol. 18, pp. 186-236.
- Money, John, y Anke A. Ehrhardt (1996). *Man & woman, boy & girl / Gender identity from conception to maturity*, Northvale, New Jersey, Londres, Jason Aronson Inc.
- Mouffe, Chantal (1992). Feminismo, ciudadanía y política democrática radical. En: *Debate feminista*, "Política, trabajo y tiempos", marzo, año 4, vol. 7, pp. 3-22.
- Mouffe, Chantal (1996). Por una política de la identidad nómada. En: *Debate feminista*, "Identidades", octubre, año 7, vol. 14, pp. 3-13.
- Saal, Frida (1991). Algunas consecuencias políticas de la diferencia psíquica entre los sexos. En: Marta Lamas y Frida Saal, *La bella (in)diferencia*, México, Siglo XXI, pp. 10-34.
- Schnaith, Nelly (1991). Condición cultural de la diferencia psíquica entre los sexos. En: Marta Lamas y Frida Saal, *La bella (in)diferencia*, México, Siglo XXI, pp. 43-78.
- Serret, Estela (2001). *El género y lo simbólico / La constitución imaginaria de la identidad femenina*, México, Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades, Serie Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana: Azcapotzalco.
- Serret, Estela (2002). *Identidad femenina y proyecto ético*, México: Miguel Ángel Porrúa, Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM, Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco.
- Solórzano-Thompson, Noemí, y Cristina Rivera-Garza (2009). Identidad. En: Mónica Szurmuk y Robert McKee Irwin, *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*, México, Instituto Mora/Siglo XXI.
- Stoller, Robert J. (1968). *Sex and gender / The development of masculinity and femininity*, Londres, Karnac Books.
- Stoller, Robert J. (1976). *Sex and gender, volume II / The transsexual experiment*, Nueva York: Jason Aronson.
- Tubert, Silvia (1995). Introducción a la edición española. En: Jane Flax, *Psicoanálisis y feminismo / Pensamientos fragmentarios*, Madrid, Cátedra / Universidad de Valencia / Instituto de la Mujer, pp. 9-41.
- Weeks, Jeffrey (1998). *Sexualidad*, México: Paidós / Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México.

